

# SERVIR EN LA RENOVACIÓN

## OBSERVACIONES PARA EL FORMADOR

Si todo cristiano, por el hecho de serlo, tiene como vocación el servicio y éste por amor, más aún aquellos hermanos que, en la Renovación Carismática en general, en sus grupos, retiros, asambleas, etc., está llamado a ejercer un ministerio a favor de los hermanos.

Partiendo de esta base, es necesario que todo servidor comprenda que **“el discípulo no es más que su Señor”**. Es decir, que si el primer servidor pasó por la Pasión (con todo lo que ella comporta), la Cruz y la Resurrección, todo servidor también está llamado a la resurrección, pero pasando por la pasión y la cruz. No hay otro camino.

Igual que en la vida diaria todos nos encontramos con incomprendiones, dificultades y problemas de todo tipo, cualquier servidor de una comunidad cristiana, se los ha de encontrar también y, a veces, de parte de sus propios hermanos (como a Jesús le vendió uno de los suyos).

Pero, así como la muerte y la pasión de Jesús, vista desde la perspectiva de la Resurrección, tienen un brillo de gloria infinita, así también la cruz y la pasión del servidor tienen una recompensa de gloria y eso es preciso que lo comprendan y asuman para ser capaces de llevar a cabo su servicio desde la fidelidad, la alegría y la entrega total.

De la misma forma que a los servidores se les supone personas de ejemplo de vida para los hermanos del grupo que se le encomienda, los formadores de servidores no pueden perder de vista que han de ser ejemplo de vida para los mismos.

## SERVIR EN LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA ES UN PRIVILEGIO

Servir no es mandar, dominar, sino ejercer la autoridad con gran amor, comprensión y sispuesto a ir siempre delante de todos, en aquello que se les solicita (leed Lc 22, 24-27)

Así como el cristiano, cuando va a ayudar a otra persona que rechaza la fe, le habla y le ofrece lo que él goza, pero no intenta imponerle sus ideas, así el servidor de Renovación dialoga con los hermanos, explica el por qué de lo que se les pide hacer con toda

la amabilidad, cariño y comprensión. Y, cuando ha de reprender a alguien, lo hace en la misma forma, para atraer al hermano y no “echarle” fuera con su actitud. En definitiva, servir es amar y viceversa. Jesús lo aclara a sus discípulos cuando les dice cómo lo hacen los jefes del mundo y cómo lo han de hacer ellos: sirviendo desde el último lugar. El servidor siempre es el último; sólo es el primero a la hora de “tirar del tren”, de hacer el máximo esfuerzo.

*Servir no es buscar los honores*, las alabanzas de los demás (Mt 6, 1-2). Cuando buscamos alguna forma de recompensa por nuestro esfuerzo, nos estamos saliendo del espíritu que Jesús pide a los suyos. Además, siquiera por lógica, no se puede buscar la alabanza y recompensa por nuestro servicio porque ¿Cuánto dura la alabanza, la gloria que se recibe de los hombres? Justo hasta que ellos mismos pasan de este mundo al Padre, eso, si antes no nos han defenestrado como estamos acostumbrados a vivir. Quien hoy te ensalza, con frecuencia mañana te arrastra por el lodo. No vale para nada la alabanza de los hombres, sólo la gloria que Dios da a los que le sirven con fidelidad; esa es la única gloria que merece la pena conquistar porque es eterna.

*Servir no es aprovecharse para hacer la propia voluntad* (Mt 7, 21-23). Cuando a un servidor se le encomienda la guía de un grupo de hermanos, ha de hacer más oración que nunca y buscar continuamente la orientación en la Palabra de Dios y en las pautas de la Renovación Carismática para cumplir con toda fidelidad el encargo recibido y dar gloria a Dios, Quien ha confiado en él. Por encima de todo está la voluntad de Dios y la nuestra siempre ha de estar al servicio de esa voluntad.

¿Cuál es, por tanto, el “privilegio de servir en la Renovación”?

Poder trabajar en la viña como Jesús lo hizo, siguiendo sus pasos (su ejemplo y su enseñanza): *“El hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida por la liberación de todos”* (Mt 20, 28; Mc 10, 45). *“Estoy entre vosotros como el que sirve”* (Jn 13, 1-17).

Es un privilegio, un don que no se puede soñar, el que Jesús quiera contar con nosotros para colaborar en su misión evangelizadora y salvadora. Poder participar de la actitud y de los sentimientos de Jesús ante los

marginados, los pobres, los enfermos, los pecadores y los necesitados del conocimiento de Dios.

Es un privilegio porque los que sirven son los que más cerca están de Él ya que, al haberles confiado su rebaño, sabe que necesitan de su auxilio continuo, de su fuerza, de su consuelo, de su paz, de su amor. ¿Cómo podríamos dar de aquello que no tenemos, porque no hemos ido a sus pies a “cargarnos” primero nosotros con todos sus bienes?

Es un privilegio, que se nos brinda de realizar nuestra vocación, de vivir en el amor, amando y para amar, en resumen: servir como Jesús sirvió, amar como Jesús amó, glorificar al Padre con la vida como Jesús le glorificó con la suya y así ser santos en el Santo (Rom 8, 29).

### **SERVIR EN LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA ES UNA CRUZ**

De ello nos da testimonio Pablo en Ga 4, 18 y en 2Co 6, 1-7.

Pero antes que Pablo, Jesús nos advierte, no para que nos asustemos, sino para que, estando prevenidos, sepamos afrontar con la misma dignidad, entereza y fidelidad que Él las contrariedades, e incluso los ataques que vendrán con toda seguridad (*“El discípulo no es más que su maestro”* (Jn 13, 16) Lc 22, 28; Jn 13, 23).

El texto clave para meditar y aplicarse a sí mismo todo servidor es Fil 2, 3-11.

Servir es una cruz porque, al servir como el Señor sirvió, reproduciendo la imagen del siervo paciente de Yavé, tendremos que pasar por donde no queremos: decir lo que algunos no van a comprender y querrán rechazarlos, actuar sabiendo que nos van a criticar y van a juzgar equivocadamente nuestra conducta y, a veces, perder las simpatías de los otros por ser fieles a la Renovación y al Señor que nos ha encomendado el servicio.

Servir es una cruz porque es muy doloroso que, sin nosotros buscarla, nos salga al encuentro y tengamos que ver la voluntad de Dios en ella, sin comprender, sin “ver”, pero callando como el siervo (como una oveja que calla ante el esquilador, Is. 53, 7).

Servir es una cruz porque en vez de analizar los éxitos de nuestro trabajo apostólico por los resultados aparentes, hemos de aprender a verlos en la medida en que hemos participado de la cruz de Cristo (sufrimiento y muerte a uno mismo), única que da fruto abundante, auténtico y duradero.

Servir es una cruz porque muchas veces encontraremos que en el ejercicio de nuestra misión no hallaremos la cooperación que creemos necesitar y habremos de aprender continuamente a soportar nuestras debilidades y las de los hermanos, olvidando las primeras en manos del Señor y sacando de Él la fuerza para socorrer las de los demás.

Servir es una cruz porque vivir las Bienaventuranzas (Mt 5, 11-12), camino que nos traza Jesús, no es nada fácil, ya que supone renunciaciones, sacrificios, olvido total de sí mismo, morir a todo menos al servicio y éste por amor.

Servir es una cruz porque cuanto más conscientes seamos de nuestra responsabilidad, más conscientes seremos de nuestras limitaciones, de nuestra impotencia, de querer remediar todo y no poder; de lo lento que se avanza en el camino del Señor (nosotros y los hermanos). Todo ello puede llegar a convertirse en un gran sufrimiento, solo asumible si nos ponemos en Su presencia, nos abrimos a Su amor y aprendemos a ver en todo su voluntad amorosa como medio de salvación para nosotros y para todos cuantos están bajo nuestro cuidado.

### **SERVIR EN LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA ES UN GOZO**

Juan une en su Evangelio la Pasión, la muerte y la glorificación de Cristo en un todo. Según él ese es el sentido de “la hora” que menciona varias veces Jesús durante su vida. El servidor que sufre y muere a sí mismo por amor a los demás y sirviendo al Señor, en ello mismo encuentra su gloria.

En la medida en que el servidor en su servicio va enfrentando dificultades, incomprendiones, esfuerzos por ayudar, a veces no bien recibidos y, sobre todo, sufrimiento por sentir muchas veces que aún se queda corto en la generosidad, en el amor, se va incorporando al Ministerio Pascual, a su muerte y su pasión, pero también a su resurrección en la medida que va aprendiendo a, después de hacer todo lo que cree que está en sus posibilidades, abandonarse en las manos del Señor y lo acepta todo con silencio y paz, incluso su propia limitación e impotencia, porque experimenta una liberación y un gozo interior que nada ni nadie le puede arrebatar y, solo por eso, ya merece la pena todo el sufrimiento y más que surgiera.

Es un gozo experimentar que en nuestra pobreza el Señor quiere usarnos como instrumentos suyos de evangelización y salvación. Somos siervos inútiles, como dice el Apóstol, pero testigos de primera fila de las maravillas que el Señor va haciendo en los hermanos a través de nuestro trabajo. Trabajo que, si

nace de Él (oración, Palabra, sacramentos), da un fruto abundante.

El servir al Señor con todo lo que somos y tenemos no es un favor que le hacemos, es un privilegio que nos concede; al fin, todo lo hemos recibido de Él, por tanto, nada le damos. A cambio, somos de sus íntimos, de los que siempre están y estarán cerca de Él, gozando de todo lo suyo (Jn 12, 26; Lc 14, 7-14; Mt 20, 20-28). EL servidor sabe que el servicio sólo es tal, cuando se hace con amor, por amor y en el Amor; y el amor crea dependencia de los amados y, como consecuencia, sufrimiento; pero sabe en Quién ha confiado y todo lo sobrelleva con paciencia y mansedumbre (2Tim 1, 13).

Morir a nosotros mismos, desaparecer para ser pan para el otro y esclavo de la voluntad del Señor, cuesta mucho, cuesta sangre, sudor y lágrimas pero si somos fieles, perseverantes, el Espíritu Santo encuentra el terreno abonado y dispuesto para trabajar y formar un nuevo Cristo en cada uno. ¿Quién puede pagar ese maravilloso milagro en nuestra vida?, ¿quién puede soñar semejante don?, ¿qué tenemos para dar a cambio de tanta gracia? Nuestra vida nos inunda, el amor nos invade y es un gozo aún mayor el poderle comunicar a los demás.

Teniendo en cuenta lo que supone ser servidor en la Renovación, es fácil deducir cuál ha de ser su misión en el grupo, en la reunión de oración. Es el animador que, discretamente pero lleno de unción va guiando a la asamblea a la adoración, a la alabanza, a la acción de gracias, a estar abiertos a la Palabra de Dios y responder, cada uno en su vida, con lo que la Palabra expresa en cada reunión.

No es tarea del servidor solamente la acogida de los hermanos (eso también puede hacerlo otros u otros), sino dar amor, comprender, guiar, animar en una palabra: pastorear como lo haría Jesús en ese momento y con esas personas. Para ello, debe ser una persona de mucha oración interior, de comunicación constante con el Señor, en una fe viva que se transmita en su propia oración en el grupo.

También debe estar atento en formar al grupo en todo lo referente a la Renovación, especialmente en lo que se refiere al Espíritu Santo, a sus dones y carismas y estar abiertos para recibirlos y usarlos bien, bajo el discernimiento del grupo de servidores.

Nunca llegaremos a ser el Servidor Ideal, pero estamos llamados a acercarnos lo más posible, por tanto, es obligación del servidor el formarse continuamente, el crecer en conocimientos y en vida interior. Nadie puede dar lo que no tiene.

La madre Teresa de Calcuta decía: *“¿Cómo voy a amar a nadie si no aprendo el amor a los pies del Amor?, ¿qué voy a decir si no es lo que aprendo de Él en su Palabra?, ¿cómo voy a ir y a quién si no es Él quien me manda?”* Y pasaba cinco horas diarias en adoración ante el Santísimo. Por eso amó y sirvió lo más parecido a como lo haría Jesús. Evangelizó con su vida como Jesús. Dijo Palabras que, a pesar de su sencillez, nadie pudo rebatir. Alcanzó la santidad porque fue humilde, pacífica, entregada, fiel. Fue las manos, los pies y el corazón de Jesús en la tierra.